

El reportaje de hoy

LA BIBLIOTECA NACIONAL

Qué es la Biblioteca

EL ARCHIVO DE LOS JESUITAS

Qué hizo en ella don Luis Montt

El Catálogo.—El peligro de incendio.—El actual director don Carlos Silva Cruz

¿Dónde se cambiará la Biblioteca?

Nadie en los últimos años había hablado de la Biblioteca Nacional.

Una biblioteca representa la cultura de un país.

Omar, el gran loco bárbaro, incendiando la de Alejandria, consumió un crimen monstruoso e inolvidable contra la civilización.

Una biblioteca es un templo solemne del Saber, al cual llegan todos los que quieren conocer la evolución i la marcha de la Vida.

De la Biblioteca Nacional de Chile, ningún diario, en los últimos tiempos, de una manera directa i determinada, se había ocupado.

LA RAZON, animada de sus sentimientos de adelanto i de cultura, ha querido hacer que conozcan los chilenos el tesoro que guardan en su Biblioteca Nacional, i, al efecto, va a hablar de ella.

A LAS CINCO DE LA TARDE

Don Carlos Silva Cruz, gentil, amabilísimo, con una corrección completamente inglesa, invitó a pasar a su despacho a quien escribe estas líneas.

El es un hombre de treinta i cinco a treinta i ocho años, delgado, nervioso; facciones enérgicas al par que finas; voz grave; ideas elocuentes; viste pulcramente; tiene una memoria de primera fuerza; sabe hablar con la mirada, i es amplio de alma i franco en pensamientos.

Breves preámbulos de estilo i comenzamos a hablar.

El, ante su gran mesa antigua, cuyas patas son cuatro águilas romanas de ojos amenazadores; quien escribe, delante, en viejo sillón de becerro, descolorido, confortable i noble por lo viejo, i noble de su estilo.



El director señor Carlos Silva Cruz

Mi primera pregunta, al nuevo Director, señor Silva Cruz, fué sobre el Director difunto.

—Señor, en su concepto propio, i como Director, cómo aprecia la labor del señor Montt en la Biblioteca?

La respuesta del señor Silva fué clara i concisa:

—Creo, señor, que don Luis Montt, sin disputa, consumió una labor muy grande dentro de este establecimiento; i voy a especificarla: en primer término, el señor Montt estableció el servicio de lectura a domicilio; además, arregló muchas deficiencias interiores i, por sobre

mente la atención... Era eso una serie de paquetes, manuscritos en papel antiquísimo, con tinta de hierro, en letra muy menuda.

Esos paquetes eran el Archivo de los Jesuitas.

—El Archivo de los Jesuitas?!!!

—sorprendido interrogué.

—Sí; el Archivo de los Jesuitas: manuscritos de doscientos años; es decir, lo que en dos siglos los Jesuitas escribieron referente a su Compañía, no en Chile, sino en toda América; en pocas palabras, todo lo que los Jesuitas de toda la América Latina, durante dos siglos, habían escrito para sus archivos.

—Muy bien guardado está. Se le cuida como a una niña, no bonita, sino bella, i, a pesar de algunas acechanzas negras, que ha habido contra él, se conserva i se conservará incólume.

Dijo, además, el señor Silva que los Santos Padres de la Compañía lo consultaban mucho, habiendo algunos que hasta cinco meses estuvieron leyendo sus viejos volúmenes...

EL CATÁLOGO

—A este respecto—continuó el Director—puedo decir a su diario que he dedicado mi mayor atención.

El Catálogo existente, a más de ser viejísimo, caduco casi, es impracticable, confuso, escaso i malo, en una palabra.

I, con explicaciones prácticas, demostró la forma de Catálogo que está formando. Es el más moderno, es de origen yanqui; lo adoptan todas las bibliotecas de Europa i Norte América; al lector i a la Biblioteca le ofrece grandes facilidades; puede llegarse por su sistema hasta lo infinito, sin confusión de ninguna clase i, además, puede irse haciendo conocer a todas las bibliotecas del mundo las obras que se van teniendo en la biblioteca que lo usa.

Su forma es la de tarjetas escritas a máquina o impresas; ellas están en casilleros; unas son de autores i otras de materias.

No hai confusión posible. El sistema es sencillo, seguro i cómodo, para los lectores i para los empleados.

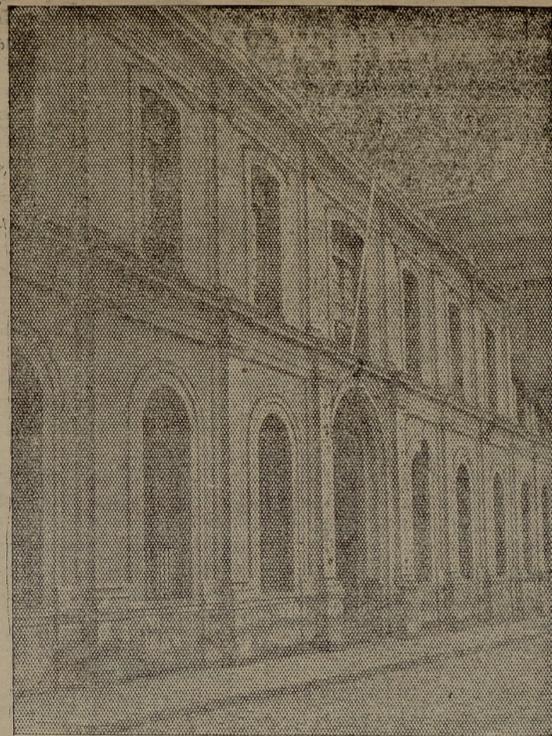
—Este sistema el que el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas adopta,—concluyó el Director, agregando:

—Este Instituto tiene catalogados en esta forma 37 millones de obras.

—¿I la Biblioteca de Chile cuántas?—pregunté.

—Hasta hoy, 35 mil.

—¿I cuántas obras existen en la Biblioteca?



La fachada

Tiene un presupuesto de 150,000 pesos anuales, que es insuficiente para sus atenciones.

Fué fundada el año 1812, por don Manuel Salas, auxiliado por Camilo Henríquez, el fraile inmortal, el único del género de que talvez perdurará la memoria al través de la cultura del futuro en Chile.

El primer local de la Biblioteca fué en la calle Catedral esquina Bandera. Desde entonces ¿dónde está?

Se piensa en dos sitios: donde tienen su casa iglesia las Monjas Claras i donde está el Mercado Central.

En cualquiera de los dos ganaría la ciudad.

En uno por el ornato i el adelanto de la Alameda; en el otro, porque saliendo el Mercado Central i yendo ahí la Biblioteca, ese barrio dejaría de ser plebeyo, asqueroso, temible i vil, en una palabra.

El último proyecto es del Sr. Silva.



Sala de lectura

—Cuatrocientas sesenta i cinco mil obras, fuera de manuscritos.

En esta materia, existen en la Biblioteca,—dijo el señor Silva—documentos del año 1,500, es decir, apenas había llegado Valdivia a Chile.

POR ÚLTIMO

Se acercaban las siete de la tarde, i por esta causa abreviáronse las preguntas como las respuestas.

La Biblioteca Nacional tiene treinta i cinco empleados.

En ella no puede haber peligro de incendio, por la gran vigilancia i el orden en que está todo.

El señor Silva Cruz hace año i medio es director.

Tiene grandes ideales para el engrandecimiento de eso en que se perpetúa el adelanto i el atraso del mundo.

Ha querido que no solamente sea un centro de lectura, sino de cultura i difusión.

Por eso la ciudad ha podido ver que continuamente se dan allí conferencias científicas, históricas i literarias.

La Biblioteca se trasladará de donde se halla.

No se sabe a dónde.

En cuanto al movimiento de lectores, la Biblioteca lo tiene continuo i grande.

El máximo de ellos es de 3 a 5 i el mínimo de 12 a 1.

Piensa el director en prolongar las horas de la tarde hasta las siete.

En el instante de que decía eso, en un gran reloj sonaron ellas, lentas i solemnes, i por eso, acompañados por la galantería del entrevistado i por la mirada blanda i inteligente del difunto director, colgado allí en el ángulo penumbroso de la tibia sala, salimos de ella.



Personal de empleados

EL DIRECTOR DIFUNTO

Un gran retrato al óleo suyo está colgado entre la penumbra de un ángulo, i su mirada blanda se derrama por sobre el conjunto, con la expresión del que vela aquello que le es querido enormemente...

Para él, para don Luis Montt, la Biblioteca Nacional fué algo en que su alma íntegra i su vida estaban encarnadas.

Amó el viejo local, lleno de libros. Amó los libros. Aquellos estantes polvorientos, fríos i callados, eran para su corazón, bondadoso i sano, una gran primavera hecha de amarillentas hojas de papel i de florecimientos de ideas...

Las largas estanterías opulentas talvez lo conocían, i él, indudablemente, conocía el alma de ellas...

todo, i esta es su gran obra, formó el archivo; es decir, ordenó, recolectó i enriqueció a la Biblioteca con un gran tesoro en libros manuscritos, ya en pergamino, ya en papel.

I agregó el señor Silva con profundo interés:

—Entre estos manuscritos tenemos el Archivo de los Jesuitas.

Pregunté en qué consistía él.

—En años en que don Miguel Luis Amunátegui—comenzó el entrevistado—era Ministro de Instrucción, i don Carlos Morla, Ministro de Chile en París este último, que era amateur de los libros viejos, recorriendo un día las librerías de viejo,—ribera izquierda del Sena,—encontró en una de éstas algo que le llamó profunda-

—¿cómo fué a dar esa colosal documentación a París?

—Estraviadamente... Con motivo de la expulsión de los Jesuitas por Carlos III.

En resumen,—siguió diciendo el señor Silva, animadísimo,—que el Ministro Morla, de París, pidió orden a don Miguel Luis Amunátegui para comprar la gran obra.

La orden fué tramitada en el acto.

Costó el archivo dos mil francos i hoy lo tenemos aquí empastado i ordenado.

—¿I cuántos volúmenes son?

—Trescientos cincuenta.

—¿I no tienen ustedes temor de un robo... de un incendio...?

Rió el joven Director, con sorna, i repuso:

Servicios públicos

EN EL HOSPITAL DE SAN BORJA

Es frecuente oír hablar del mal servicio de algunos hospitales i de los abusos que se cometen en ellos, no solo con la jente pobre e ignorante, sino tambien con todos aquellos que no cumplen rigurosamente las prácticas religiosas a que las monjas quieren someterlos.

Estos actos, injustos por demas, se repiten a menudo como lo prueba el denuncia que nos hace una persona que tiene un miembro de su familia enfermo en el Hospital de San Borja.

—Vengo, señor, nos dice, a solicitar de ustedes se sirvan atender un denuncia que traigo sobre el Hospital de San Borja, en donde tengo a mi esposa gravemente enferma i a quien no se le atiende en ninguna forma, i ni siquiera cum-

plen las prescripciones médicas a que debe someterse. Así, por ejemplo, cuando el médico ordena tal o cual régimen de alimentación, las encargadas de las enfermas, o sean las monjas, no lo cumplen, prestando carecer de los medios necesarios para hacerlo.

—Sin embargo, agregó el denunciante, cuando los enfermos tienen las mismas ideas religiosas que las monjas, la distinción que se hace es manifiesta.

—Mi esposa, nos dijo, a pesar de su enfermedad, se vé obligada a servirse sola, porque, además de la mala voluntad que se le tiene, la servidumbre es deficiente i por este motivo se descuida la higiene en una forma lamentable, hasta el extremo de no poder conseguirse, en muchas ocasiones, el agua necesaria para el aseo personal.

Esto se debe, en gran parte, a que la servidumbre está formada por muchachas que descuidan o ignoran el cumplimiento de sus obligaciones.

Por último, señor, conviene ha-

cerles presente que las enfermeras son las encargadas, en la mayoría de los casos, de hacer el diagnóstico de las enfermedades, i por esta causa, trascurren tres o mas días sin conocerse el verdadero estado del paciente.

Hecho este denuncia, no podemos silenciarlo, porque consideramos tan graves los cargos que se hacen contra el Hospital de San Borja, que llamamos la atención de la autoridad correspondiente, a fin de averiguar lo que haya de efectivo en este asunto.

No es humano que, para atender a los enfermos, se tomen en cuenta sus ideas religiosas, tanto mas cuanto que los hospitales son establecimientos de beneficencia pública, i sus puertas están abiertas para todos, pobres o ricos, nacionales o extranjeros.